

J. G. GEORGI F.



Revista



Artes

de



Y



Letras



DIRECTORES:

M. L. ROCUANT
F. SANTIVAN

EDICIONES DE "ARTES Y LETRAS"

Año II. N.º 4
de la Revista

IX de las Ediciones
Agosto 1918



FRAGMENTOS...

Un poeta provinciano

He aquí como se vive en un rincón de provincia: placidez y reposo, sosiego y calma del espíritu. Una historia vulgar es sin embargo, trágica, porque siempre el rencor aulla en el fondo de las pasioncillas provincianas...

De codos, en el balcón, contemplo la ciudad toda gris; los cerros distantes, las masas de árboles, la línea indecisa de un horizonte que hostiliza todo ensueño. Un crepúsculo rápido, instantáneo, cierne la tristeza áspera y el hastío de sentirse vivir en el vago tumulto de estas calles eternamente iguales.

Un poeta, sin embargo, descubre una blandura ideal en la arista agresiva y fosca de sus calles oscuras. Se mira vivir, se aduerme poco a poco con el rumor copioso de su espíritu que fluye como de un torrente lejano. El choque duro con la soledad, ese espanto que brota de lo inmóvil, se torna luego en calidez, en efusión tranquila y suave. Casi no asombran los hechos y cualquier accidente pasa rozando apenas la curva de la emoción. No es, pues, en una aldea en donde vive el poeta; es en una ciudad que tiene alamedas, plazas; carruajes, tranvías. Pero este ruido dura bien poco, parece arrastrarse sobre superficies de cera, blandamente, con un recelo de hacerse oír demasiado. Con el crepúsculo, cae también la soledad romántica, la tristeza imprecisa, confusa, vaga. Las luminarias que prolongan

su brillo, a lo largo de las calles, tienen una fijeza de pupilas alucinadas...

A la distancia para el poeta, asume otro aspecto la vida artística de la capital. Los valores estéticos sufren una transmutación lógica; el cerebro ejecuta esa labor silenciosa y fecunda de la abeja; cambian los planos artísticos y la grandeza de algunos escritores disminuye hasta el volumen de una avellana.— «Ea! no es así la vida; se ha falseado el concepto de la vida y el arte sufre la influencia de esa mentira que es la armazón de las obras mediocres...»—Dice así el poeta que mira de lejos, que oye fluir el torrente de su emoción, semejante a un rumor lejano.

¿Donde está el corazón, poetas? ¿Qué habéis hecho del corazón?

He ahí al poeta que vuelve de su paseo noherniego, que vuelve de una alameda, cuyas avenidas idealiza la lumbre lunar. Trae los ojos anegados en lágrimas, un dulce deleite en el alma, una vaga zozobra en su corazón que ha vuelto a latir. No encontró a nadie en su paseo. No lo turbaron en su ensueño, ni risas femeninas ni agrias carcajadas burguesas. Vagó a la deriva, a lo largo de las alamedas, frente al prestigio luminoso de la soledad y del silencio. De pronto se halló en medio del campo, cerca de un río. De las cosas no se desprendía ya la inmovilidad inerte, el agrio rencor, la visión enfosquecida de la vida que trueca en dolor hasta el milagro virginal de una flor abierta. De los árboles, de las estrellas, del agua letárgica de las charcas iba hacia él una ondulación indecisa que la hacía eruirse en la actitud de una oración de gracias... Sus pupilas se tornaban limpias, curiosas de toda bondad, de toda alegría. Tenía un sentido piadoso el ladrar de los perros, el retorcimiento angustioso de los troncos a la vera del camino y la sombra de los cerros sobre el río semejaba una prolongación de su propia alma. Iba su emoción de un punto a otro y en cada hueco del paisaje, a modo de una abeja, depositaba su miel. Se encontraba a sí mismo y afectos remotos, cariños olvidados, surgían del fondo de su memoria. Oía cerrarse la celda del rencor, la obscura celda, de donde soplan hacia lo externo, para enturbiarlo, esas bocanadas frías, espesas, asfixiantes. Indulgencia, compren-

sión, serenidad parecían murmurar las voces ocultas, las ideas invisibles. La soledad ejerciendo una acción sedativa, purificaba su espíritu de toda inútil vanidad, de todo germen venenoso. Era un alma vibrante y hubiera querido como en el cuento del poeta legendario, ser una onda de éter, un lampo de luz, un estremecimiento de los bosques... A su encuentro venían, por la quietud del camino, los pensamientos bruñidos por el amor. Venían imágenes suaves, ternuras desconocidas, un ansia secreta y profunda; un aroma que derramaba sobre el oscuro pesimismo de su vida, enervada por la triste y desolada extrañeza de vivir, como la sedante calidez de un beso sagrado... Recordaba la risa de los niños y advertía que sus ojos estaban húmedos; aspiraba la fragancia de la tierra y todas las armonías vibraban en su espíritu igual que en una placa sensible.

¿Qué aura desconocida, qué voz nunca escuchada cantaba en el fondo de su corazón? ¿Qué ansia nueva surgía de sus entrañas, desgarradas por la vida, de su espíritu encharcado por el dolor de las pasiones mezquinas, que así derramaba su emoción, del tronco entero a los cerros inmóviles o irisaba el cristal dormido del río bajo la luna, y se elevaba hacia las estrellas remotas y milagrosas?...

Como una oración misteriosa temblaron en sus labios los versos del poeta incomparable:

«O vital O vita!
 dono dell' Inmortale

 chi t'amò in la terra
 con questo furore?»

¿Dónde está el corazón, poetas? ¿Qué habéis hecho del corazón?...

Magallanes Moure.

Fué en una tarde suave y luminosa de otoño, al regreso por caminos de húmeda frescura. La belleza del paisaje parecía temblar en el estremecimiento de los árboles amarillos y en la

transparencia del cielo sobre el piadoso anochecer. La estética del poeta, nos pareció suave y entristecida como el paisaje, penetrada del recogimiento de la tarde y llena de esa vaga y brumosa nostalgia que la visión suntuosa del otoño, impone a los espíritus desprendidos de la tierra por largas y tenaces melancolías...

He aquí un poeta recogido en su reino severo y silencioso, en esa «soledad sonora» en la que el corazón sutiliza hasta la angustia cada milagroso latido y esparce sobre los horizontes secretos la lumbre suave y clara de las resignaciones. Las cimas del más puro dolor han sido tocadas por este poeta y su lírica de hoy pide cordialidad, intimidad, confianza. Parece ser que la vida fluye en torno de él sin apenas tocarlo, y el espíritu limpio de toda escoria terrenal, vuela ingrávido en ese mundo de los recuerdos y de las armonías. Un tono de quietud íntima, mística, fervorosa, da a sus versos actuales el sabor de una plegaria espiritual.

Me siento como un niño
extraviado en la fiesta

.....
Como un niño pequeño
lloro en mi desamparo.

Este dolor ni tiene rebeldías, ni violencias. La delicadeza que es en el poeta el sello de su lírica, convierte cada aspereza en blandura y mantiene el dolor a la sordina, lo envuelve en seda, lo esparce dulcemente como una luz tamizada. Una pupila bondadosa brota en el fondo de este espíritu para contemplar la tragedia de la vida. Se ha gustado todo el placer y se ha temblado con el sollozo de la carne. Las fibras ocultas del *hombre* han gemido, en el ansia de apurar a sorbos la copa de ese vino ardiente, y sin embargo, la tristeza de paladear después el áspero agror de esa bebida no ha hecho sino florecer en él una sonrisa triste, sin amargura, sin odio, sin pesimismo. El poeta mira y escucha, ahora, su corazón, recogido en su reino íntimo como un cenobiarca que transformara en luz las lágrimas, en delicadeza todo terrenal impulso. Su espíritu se con-

templa sutilizado, penetrado por esa fuerza luminosa que santifica los aspectos materiales de la vida y pone una lumbre cordial en el árbol solitario, en el agua dormida, en la curva inmóvil de los cerros, en la soledad pensativa del campo. Una noble serenidad vuela, en los tonos incorruptibles del corazón a la tierra, del paisaje al espíritu. Paisaje sobre el que la soledad tamiza un vaho romántico, un fino polvo de melancolía; paisaje-alma, sereno y dulce, de tonos esfumados, inconsistentes, como el de ciertas pinturas al pastel. Espíritu claro, limpio, translúcido, de evocación, de suave fatalismo, de piadosa dulzura. La emoción es tan sencilla y ferviente que podrá señalarse su vuelo trazando una línea delicada, de unión, algo semejante a esa buena senda de que nos habla,

lunada de esperanza y olorosa de amor

¡Amor! Todo entero está ahí el poeta. Entrega su corazón, vuelca el ánfora de sus emociones íntimas, de sus congojas secretas. Ni un sólo alarido del infinito, ni una sola queja de la carne angustiada. Un amor severo, triste, pensativo que *non piange ne rinde* como cantaba el viejo poeta italiano.

.....
Fué en una tarde suave y luminosa de otoño, al regreso por caminos de húmeda frescura. Sobre la tierra negra caía el dulce y piadoso anochecer. Serenamente cantaban las voces de la tierra, las voces distantes que pueblan los horizontes, las voces profundas y misteriosas que filtra el recuerdo y transfiguran la crueldad de vivir. Su estética de amor y de serenidad nos pareció suave y enristecida como el paisaje, penetrado del recogimiento de la tarde y llena de esa vaga y brumosa nostalgia que la visión suntuosa del otoño, impone a los espíritus desprendidos de la tierra por largas y tenaces melancolías...

Mariano Latorre.

De *La Serenata de Schubert*, *Sor Ines*, *Ojos Azules*, etc. a los *Cuentos del Maule*, existe la diferencia que va de un lírico fo-

goso a un realista romántico... Pero de los *Cuentos del Maule*, desordenados y agresivos a *La Epopeya de Moñi* o a *Risquera Vana*—dos de los esfuerzos postreros—se advierte la diferencia que corre de un romántico a un espíritu preparado en largas disciplinas realistas.

Sus primeros cuentos parecen un vasto laboratorio de observaciones que se atropellan en desorden hacia la única puerta de salida. La imaginación se desborda ciega y tumultuosa y rompe los resortes del equilibrio estético. Pero a trechos surgen, sin embargo, esos fragmentos admirables de paisaje y esos trozos de tipos que señalan a un observador magnífico y penetrante. La influencia de Balzac es manifiesta en este primer ciclo del cuentista y parece orientar sus actividades estéticas. Los largos períodos en que se desenvuelve su prosa vibrante marcan una concordancia curiosa entre el observador y el estilista. Se diría que un exceso de vigor se desborda y penetra por entre la lógica de las observaciones y descompone la superficie del estilo. Se adivina la impaciencia del artista que lucha, jadea y deja por fin, escapar en desorden el torrente...

A este desborde sucede una tregua lógica, una suerte de remanso sobre el que el artista se inclina para contemplar la vida. Renueva y bruñe su estilo, lo hace más preciso, más sobrio, más fresco. Las observaciones acumuladas se desprenden con lógica y los tipos adquieren ese relieve endurecido de los picachos al medio día... Una atmósfera de grandeza flota sobre estos tipos salvajes que viven acorralados en los cerros y el escritor, mediante ese espíritu de generalización estética que transforma en tragedia los aspectos humildes de la vida, alcanza en *La Epopeya de Moñi* un acento desusado, conmovedor. Ese oscuro episodio, agreste y bravío, tiene el sabor de un cuento regionalista italiano, de Verga o Grazia Deledda. Latorre sigue siendo el escritor regional que ya desarrolló sus aptitudes pintando tipos y paisajes del rincón nativo a la manera de los escritores italianos mencionados. Sólo que en aquellos el realismo, sobre ser de una áspera sequedad que da a sus creaciones un sello austero y triste, de tragedia, como si la naturaleza y los hombres volcaran el hervor y la fuerza de sus

pasiones, exaltan, además, exclusivamente, la vida de la pequeña región natal.

Hace algunos años, Federico Gana, ese artista admirable de la sobriedad y de la agudeza en el análisis campesino, marcó la orientación de un arte regionalista que tendía a expresar en cuadros breves y sobrios, el alma de una región. *Días de Campo* comprende ese brillante esfuerzo del escritor que ahora prolonga en la angustia dulce y brumosa de su *Manchas de Color*, los estados de alma de un contemplativo...

Pero parece ser que la estética de hoy, de Mariano Latorre, tiende a exaltar por la pintura de diversas regiones, estados diversos de ambiente y de raza. Su esfuerzo no se confina solamente en el rincón natal; en la pequeña provincia en que corrieron sus años juveniles. Los cuentos íntimos, pintan la vida de otra región, de otro medio distinto, de un ambiente desconocido: pastores y puesteros cordilleranos en su lucha terrible con los elementos y las pasiones primitivas, intervienen ahora. Fragmentariamente—y acaso por esto, las grandes síntesis: la novela y el teatro, no entran en sus esfuerzos—aspira a dar un cuadro que sea el espejo de las inquietudes de su tierra y de su raza...

DOMINGO MELFI DEMARCO.